

LA
REVISTA

II

Z - 2799

REVISED
1900

Z-2799

LIBRARY

799







LA REVISTA

Z-2799

REVISTA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

AÑO 1.º

Montevideo, Uruguay, 1908

TOMO II

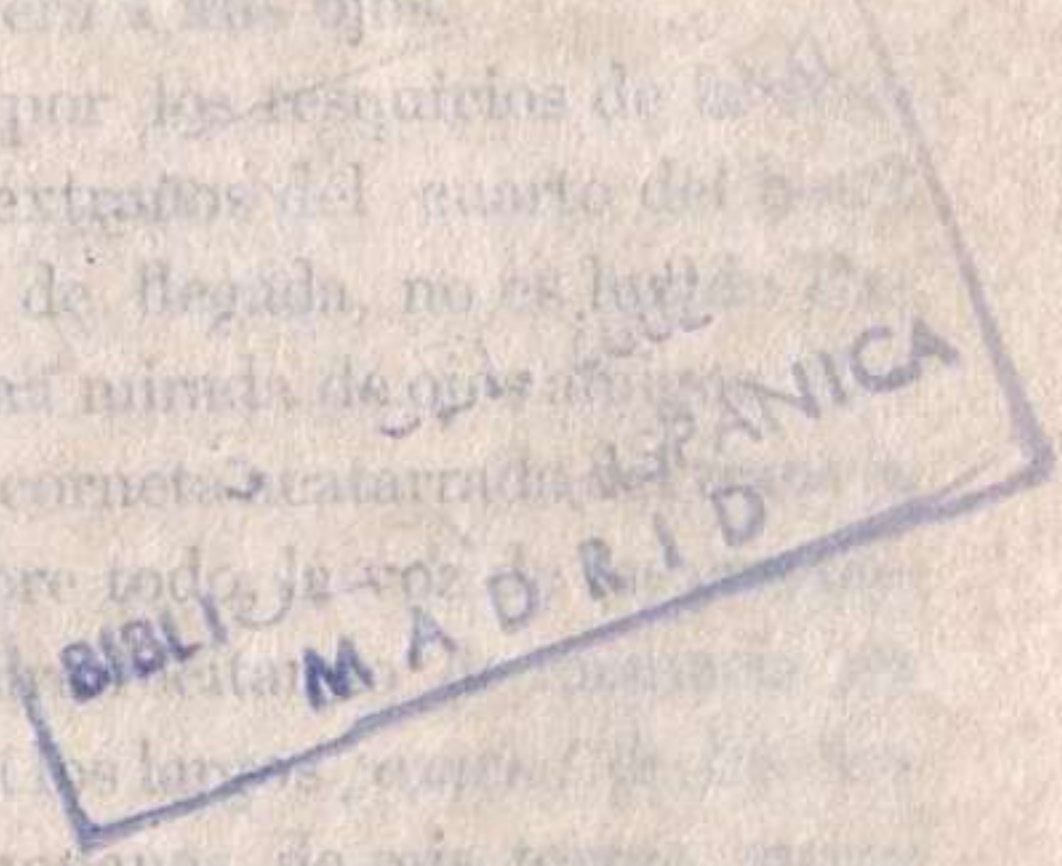
SECCIÓN DE LITERATURA

MONTEVIDEO

La mañana que voy a analizar me despertó con el correr de una cortina.

Necesito de un esfuerzo mental para darme cuenta de haber despertado en Montevideo después de larga ausencia. Un viaje de los míos, resuelto, preparado y realizado en dos ó tres meses, me ha dado tiempo de sacar mi ciudad natal del fondo de la memoria, de sueldarle el pelo de seis años, y de mirarla en presente, tal de que ella aparezca real y verdadera á mis ojos.

Y no hay duda: esa luz que entra por los resquicios de la cortina é ilumina á medias los muebles extraños del cuarto del hotel y el desarreglo de una primera noche de llegada, no es lo que yo creo reconocerla, como si fuera una nimfa de quince años, sino un asimismo inmediato con la corneta de la calle que pasa por bajo mis balcones y sobre todo, la voz de las campanas madrugadoras que anuncian por las calles la salida de la antigua oración rutinaria, resonando á los lados, como las campanas que rezan en voz alta, con las campanas de mis tiempos, que voces me parecen la continuación de las de mis tiempos que cuando me despertaba, y me llevaban á lo lejos entre el trueno del mar. Las campanas! Durante mi ausencia he oído muchas: algunas de ellas, las de los Jerónimos de Madrid, las de Saint Pierre de Chartres en París, me llamaban también á mí, pues eran las de mi parroquia;



P. 85-5

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 1

Montevideo, Enero 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MONTEVIDEO

La mañana que sigue á la noche de mi llegada, es como el descorrer de una cortina.

Necesito de un esfuerzo mental para darme cuenta de que despierto en Montevideo después de larga ausencia. Un viaje con todos los míos, resuelto, preparado y realizado en dos ó tres meses, no me ha dado tiempo de sacar mi ciudad natal del fondo de la memoria, de sacudirle el polvo de seis años, y de mirarla un poco, antes de que ella aparezca real y verdadera á mis ojos.

Y no hay duda: esa luz que entra por los resquicios de la ventana é ilumina á medias los muebles extraños del cuarto del hotel y el desarreglo de una primera noche de llegada, no es luz de París; creo reconocerla, como si fuera una mirada de ojos amigos. Reconozco asimismo inmediatamente la corneta acatarrada del tranvía que pasa por bajo mis balcones, y, sobre todo, la voz de las campanas madrugadoras que andan por el aire recitando de memoria su antigua canción rutinaria, semejante á los largos *¡amén!* de los fieles que rezan en voz alta. Son las campanas de mis torres, cuyas voces me parecen la continuación de las de mis amigos que anoche me esperaban, y me llamaban á lo lejos entre el rumor del mar. ¡Las campanas! Durante mi ausencia he oído muchas; algunas de ellas, las de los Jerónimos de Madrid, las de Saint Pierre de Chaillot en París, me llamaban también á mí, pues eran las de mi parroquia;

pero esas me han hablado siempre con cierta sequedad ceremoniosa, con pocas palabras.

Estas que ahora estoy oyendo, me parece que me tutean, que me hablan á mí solo con alegre locuacidad; son la voz de alguien, de alguien muy conocido, la de muchos acaso; son un aliento sonoro que sale de bocas invisibles pero muy amigas, y que anda por el aire llenándomelo de recuerdos que parecen *reirse de mi emoción*.

Vamos, pues, pronto á la calle, á gozar de nuestra primera impresión; quiero mirar á mi Montevideo para saber cómo es realmente, como cuando se restregan los ojos para mirar bien y repentinamente una cosa; quiero observarlo como nunca lo he hecho, como vi á Sevilla ó á Nápoles ó á Verona; buscando sus rasgos esenciales y característicos, procurando contrastes. Yo desearía aprovechar de este momento para examinar así no sólo las cosas, sino también los hombres, las instituciones, el estado social de mi tierra; observarlo todo muy pronto, como extranjero, como viajero, antes de identificarme de nuevo con ello, antes de que este *yo* accidental y transitorio que hallo en mí mismo con relación á mi país, desaparezca sustituido por el *yo* permanente que ya siento salir del fondo de mi ser, al contacto del medio ambiente en que nació y para el que fué formado.

La mañana es hermosa; la lluvia de la noche ha lavado el empedrado: los adoquines, las losas de las aceras; el cielo es azul, el aire sano; siento una impresión de limpieza, de blancura y transparencia. Mi ciudad tiene indudablemente un carácter, un carácter que es preciso ir sorprendiendo. No veo aquí lo que acabo de dejar en Europa: ni bohardillas plomizas, ni tuberías de chimeneas, ni series de edificios iguales que prolongan, á lo lejos, su línea monótona. Las líneas rectas y blancas de las azoteas que determinan los diferentes edificios dan á cada uno de éstos entidad propia, se recortan en el cielo azul, suben y bajan; hay aquí relieves, luz, y sombra, y transparencia.

El cuadro matinal es frío, sin embargo, silencioso; parece que la ciudad se recata, no quiere mostrarse.

Allá, en el fondo de la calle solitaria, se ve el casco y las ruedas de un gran vapor blanco que la cierra; dos mujeres van por la

acera, en dirección á la iglesia; en la esquina, tres mozos de cordel hablan. Reconozco esos tipos: ahí están con sus camisetas de lana, sus fajas negras, sus boinas ó sus sombreros de fieltro, de un negro marchito, color de tabaco, sus apargatas. Una cuerda de cáñamo que les cuelga de los hombros, es el signo de su oficio, y éste, á su vez, denuncia su nacionalidad: son gallegos. Se rascan la cabeza, estiran los brazos, aguardan. Un tranvía vacío, de colores pálidos muy desteñidos, pasa tocando la corneta por entretenerse. Un hálito de pereza ó de atonía se difunde en el aire luminoso y vivificante; parece que éste envuelve las cosas sin compenetrarlas.

Mi impresión es de desencanto. Montevideo me parece triste. Y es porque mi espíritu está tan anhelante de verlo, que quisiera verlo aparecer todo entero de una vez, verlo á todas horas en una hora, en un minuto. Siento el impulso de sacudirlo, de llamarlo á gritos para que me reconozca, y se anime, y me devuelva las miradas intensas que le estoy dirigiendo. Me siento casi ofendido por su indiferencia. ¿Soy yo acaso aquí algún extraño, como lo he sido por esos mundos de Dios?

La iglesia de San Francisco está á algunos pasos de mi hotel. Voy á ella, ante todo, á oír una misa de acción de gracias. Quiero entrar un rato en mí mismo, y cerrar la puerta; hablar, allá adentro, con Dios, cerca de su tabernáculo, cuya ausencia ha constituido para mí, durante mi viaje en el «Espagne», la verdadera soledad del mar.

Encuentro la iglesia de San Francisco, tal cual la dejé: inconclusa, con su arquitectura indefinible, con su torre destechada como un tronco de árbol cortado y seco, con su retablo principal de carpintería abigarrada á medio hacer, con sus altares góticos metidos en arcos de medio punto; con un cuadrito muy feo y muy chico, que yo dejé en ese mismo sitio: sólo, encaramado y como perdido allá en el último tercio de una pilastra muy alta del arco toral... Mis esfuerzos por entrar dentro de mí mismo son vanos. El diablo, que no duerme, se ha propuesto hacerme notar que todo eso no es artístico, como si el arte lo fuera todo; que esas líneas ojivales de los retablos, se dan de bofetones con las de los arcos en que se apoyan; que los fondos azules de los rosetones no pertenecen al estilo y chillan; que ese cuadrito no está en su sitio ni mucho me-

nos; que muchas otras cosas no van. El diablo es artista. ¿Cuántas veces habré visto yo todo eso sin que se me hayan ocurrido tales ideas? ¿Y qué necesidad tenía yo de que ellas se me ocurrieran para turbar mi primera acción de gracias ante los altares de mi tierra, y sofocar en mi espíritu lo que mi voluntad quiere hacer predominar en él: el acto de fe sencillo y puro?

Dichoso aquel que no ha visto

Mas río que el de su patria.

No: yo no he recorrido el mundo en busca del árbol de la ciencia del bien y del mal, que hace perder el paraíso con la inocencia en materia de arte. Yo me he convencido, como fruto de mis viajes por el viejo mundo, de que el que llaman gran arte religioso no despierta por sí mismo en el espíritu humano movimientos de piedad y de fe; y creo, por el contrario, que el arte, bueno ó malo, que esos sentimientos consiga despertar es el verdadero arte religioso.

Líbreme Dios en todo del sensualismo, y muy especialmente en religión. Yo quiero la sencillez de mi fe, el oro puro nativo.

En algunos escritores contemporáneos, hastiados de lo material y grosero, ha nacido una especie de misticismo literario que los lleva á entrar á las catedrales, á ensayar actos de devoción, y á formarse el deleite de una religión con el pequeño instinto religioso que sobrevive en el alma humana á la fe perdida. Hay también pintores y escultores con ese mismo espíritu; hay demasiados, y el contacto con ellos me ha hecho daño, no hay duda. Ese misticismo artístico, y las obras que de él nacen, no son sino un sensualismo más refinado que los otros. Sí: líbreme Dios de él. ¿Es entonces la religión cristiana contraria al arte? No; pero le es infinitamente superior, y buscar en ella el placer estético, es empuqueñecerla y profanarla. El arte, dice Brunctière, para llegar al espíritu del hombre, está obligado á recurrir no solamente á los sentidos, sino *al placer de los sentidos*. Si eso fuera así, (y bien puede tener razón el escritor francés) el arte no sería religioso, por más que la religión fuera artística, es decir, hermosa. No es por el placer de los sentidos por donde más fácilmente se llega á Dios desde nuestra naturaleza

caída é inclinada á la concupiscencia. Parece que la religión verdadera ha querido preservar á sus fieles del materialismo ó sensualismo artísticos al hacer que las imágenes más veneradas en el mundo sean feas; el Pilar, Montserrat, Guadalupe, Luján. Es que el arte no es, ni puede ser objeto de nuestro culto por más que lo sea de nuestra admiración, y porque es causa de nuestro deleite sensitivo y muchas veces sensual. El paganismo griego no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta éra un Dios.

Yo desechaba con esfuerzo, lo confieso, la crítica artística que me molestaba en el templo de San Francisco; entraba en mí mismo á empujones, como el que, para entrar á su casa, tiene que disolver una turba gritona que le obstruye la puerta, y cuyas voces sigue oyendo desde adentro, de vez en cuando. Terminé, sin embargo, con la mayor atención posible, mi misa de acción de gracias; pero al bajar las escaleras de mármol del templo, para recoger mi primera impresión de mi ciudad natal con un propósito crítico, una idea molesta me sobresaltó.

¿Y si mi impresión de Montevideo fuera desfavorable como lo ha sido artísticamente la del templo de San Francisco, y si yo tuviera que aumentar el número de los que, al volver de Europa, donde han visto hasta los boulevares de París, suprema ambición de muchos viajeros, encuentran todo pobre y despreciable en su tierra?

Algunos extranjeros nos han dicho que Montevideo es una hermosa ciudad; pero ¿no será eso un acto de benevolencia ó de lisonja?

Esa idea me hacía daño; me despertaba un sentimiento raro, casi parecido á una tentación contra la fe. Sentía deseos de huir de la ocasión, y de aplazar mi primera impresión, como el que vacila antes de echarse al agua.

Mi tierra ha triunfado. Yo recorro encantado las calles de mi ciudad: la calle 25 de Mayo, la de Sarandí, la Plaza de la Constitución, la luminosa Avenida del 18 de Julio, que viene de lo alto de la colina y parece derramarse en la Plaza de la Independencia, los alrededores que envuelven la ciudad en una gloria de luz y colores que penetran en ella por las calles de un lado, mientras por las del otro llegan hasta los ojos las frescas notas del agua del mar.

No hay la menor duda: esto es hermoso, de lo más hermoso, aún para quien viene de París. Pero hay algo mucho más curioso: esto es original, lleno de carácter. Esta ciudad no se parece á ninguna otra: es indudablemente la gran capital de un pueblo distinto de todos los demás.

Mucho decir es eso, tratándose de una ciudad casi recién nacida. Difícil me sería, por otra parte, precisar los rasgos que le imprimen carácter: aquí no veo ni vetustos edificios, reflejo de una época histórica, ni calles que conserven vestigios de una vida social transformada por el tiempo; pero es indudable que una ráfaga de aire nuevo me ha dado en la cara al recorrer estas calles.

Montevideo me parece una ciudad núbil, pero muy fuerte, de una franqueza y de una ingenuidad encantadoras. Como las hermosuras sanas y vigorosas de los campos, parece no darse cuenta aún de su propia belleza; no sabe de actitudes ni de artificios: parece que ríe con los ojos todo niñas. No se ven aquí esos edificios enfáticos, esas avenidas postizas abiertas como un desmonte al través de las calles naturales, y que viven á expensas de éstas estragándolas á sus costados y empequeñeciéndolas con su vecindad; no se ve aquí ese esfuerzo por parecer grandioso con construcciones no digeridas ni adaptadas al medio que las rodea, que se encuentran en tantas ciudades modernas ó modernizadas. Montevideo no es una ciudad corregida; es hermoso de nacimiento; ha ido creciendo paulatinamente, realizando su plano primitivo y el de sus ensanches, adaptando, sin vanidad, sus construcciones á sus necesidades, y reflejando en ellas la justa distribución de la riqueza que caracteriza su población.

Tanto me lo habían dicho, que yo había llegado á creer que, viniendo de Europa, Montevideo aparece chato, de construcciones muy bajas.

Mi impresión ha sido radicalmente la contraria. Las ondulaciones no bruscas del terreno en que la ciudad se desarrolla; la proporción en el ancho de sus calles, y el frente no muy extenso de sus edificios, hacen que éstos se lancen al aire nítidos y esbeltos, aislados los unos de los otros, y sin formar esas enormes masas de construcción de centenares de metros á igual altura, y que producen el efecto de un largo muro con seis ú ocho hileras superpuestas de ventanas, tipo de las construcciones europeas.

En Europa, esas series de edificios dejan de ser altas á fuerza de ser largas, pues altura es relación. Todo el que entra en París por la primera vez, recibe esa impresión: lo grandioso desaparece en la uniformidad del conjunto; las más hermosas líneas arquitectónicas pasan inadvertidas entre la multitud al ajustarse al cartabón de la altura general; los grandes edificios parecen banales y de pacotilla al atrahillarse, el uno al lado del otro, en las largas avenidas.

Yo he pasado cien veces en París por al lado de joyas arquitectónicas, y no las he visto; ha sido necesario que me las hicieran ver, que me las sacaran del montón en que están confundidas como un ruiseñor en una banda tupida de gorriones.

En las grandes ciudades europeas, la anchura desproporcionada de las grandes avenidas abiertas en ellas hace que los edificios que las franjean se presenten como en cuclillas aplastados por la extensión; en cambio, las calles tributarias que se ven desembarcar en esas avenidas, van apareciendo como largos callejones encerrados entre enormes muros. Eso es apretado, es raquítico á fuerza de ser grande; da la idea de un gigante enfermo, enteco, de extremidades flacas y gran cabeza, mal constituido, y sometido á un constante tratamiento.

Montevideo es todo lo contrario: sus calles son proporcionadas; todas ellas tienen igual derecho á la vida, pues todas tienen aire y luz, ambiente y distancia proporcionada para sus edificios. No se siente uno aquí hundido en una calle como en el fondo de un tajo cortado á pico en la montaña, ni tampoco perdido en una extensión limitada por muros lejanos. Sobre los edificios de primer término se ven muy á menudo los más distantes levantados en la colina de detrás; los edificios de dos ó tres pisos, intercalados entre otros de menos altura pero siempre graciosos y de correcto estilo, aparecen muy esbeltos, porque cada uno de ellos tiene entidad y proporciones propias y se ofrece lleno de aire, de luz y de relieve; la línea que recorta sobre el cielo la serie de edificios de diversas alturas es viva, porque no es rígida, sube y baja, determina planos y aristas con mucho color; el sol brillante, al trazar sobre las calles blancas la proyección de esos edificios, da movimiento y expresión á la larga línea de luz y sombra que las recorre; la altura racional

de las construcciones permite que se vea la luz al través de los balaustres ó calados de los antepechos superiores, surgen y avanzan en el aire las cornisas apoyadas en sus ménsulas, se ven y se destacan las grecas, los arabescos y las volutas de los frisos, se cuentan las líneas de los arquitrabes.

Juan Zorrilla de San Martín.

PAISAJE OTOÑAL

Señor don Julio Herrera y Reissig.

Querido Julio:

A tus instancias repetidas he escrito estos versos. Como verás, son hermanos gemelos de los que publiqué el año pasado en el «Almanaque Sudamericano», del primoroso escritor Casimiro Prieto. Te pertenecen, pues, y te los dedico, sintiendo solamente que no sean dignos de ti, el primer poeta de tu generación, el más brillante y, al mismo tiempo, el más modesto. Mi pequeño poema, si tiene algún valor literario, tal vez estará en la sencillez y en la naturalidad de su lenguaje. Me he propuesto ser *sencillo*, porque creo (acaso sea un capricho) que la poesía puede ser comparada á una mujer de hermosura deslumbrante y sugestiva, que no necesita recargar su elegante tocado con adornos multicolores, para parecer más bella. Ya es encantadora con la frescura de su tez, con la gentileza de su cuerpo y con la gloria de su gracia. Te confieso que he tenido tentaciones de ataviarla, como hacen otros, con toda la pedrería que fabrica la imaginación, pero no me gusta verla con traje de serpentina. Lo he resuelto así y no seré yo quien la humille y quien la presente ridícula á los ojos de los que saben percibir y sentir la belleza. Tengo la seguridad de que, á pesar de todos sus defectos, la poesía así considerada, es la única que tiene derecho á vivir, porque es formada con el cerebro y el corazón de los seres que han amado y que han sufrido.

Después de larga ausencia, volvió el gallardo doncel, de ojos dormidos, de tez de nardo, de cabellos sedosos, de talle esbelto y frente pensativa, pero no ha vuelto sonriente, como cuando por vez primera lo conoció la joven,—á la postrera claridad de la tarde. Cumbres, llanuras, rumorosas corrientes, selvas oscuras, todo, á la vespertina luz de aquel día, en un dulce letargo languidecía.

Ella lo vió acercarse, besar su falda, y las flores azules de la guirnalda que su cuello adornaba; sintió su aliento en el mórbido seno, luego, su acento, su inolvidable acento, llegó á su oído trémulo y desmayado como un gemido.

Era el amor, el himno, de cuyas notas oyó siempre los ecos en las ignotas espesuras del monte, que en sus murmullos, esparcen el deleite de los arrullos.

Era el amor naciente, cuyos latidos percibió en las florestas, entre los nidos bajo el palio tejido de enredaderas, en las grutas musgosas donde las fieras rugiendo se acarician, y en los enjambres de insectos que se embriagan en los estambres.

¡Explosión del cariño! ¡Cuánta ternura le brindó en sus abrazos! Fué una locura aquel amor, intenso como un perfume que ni el agua, ni el viento, ni el sol consume.

Le amaba, como se aman los imposibles; ascendió hasta las cumbres inaccesibles, donde el ideal rutila como una estrella de hermosos resplandores; besó la huella que su planta imprimiera sobre la alfombra del césped, tan ligera como una sombra, y del aura versátil, le envió en los giros, el madrigal vibrante de los suspiros.

¡Hada de la floresta, gentil pastora de una Arcadia sublime! Puso la aurora en el raso viviente de su escultura, el nácar con que esmalta la azul altura. Sus cabellos undosos, finos y rubios, por el aura movidos, eran efluvios

de cálices dorados ; cuando reía
su rostro delicado resplandecía,
y al pasar, se escuchaban en los ramajes
armoniosas cadencias, choques de alajes.

¡ Princesa de la gracia ! Para ella sola
granos de oro en la playa puso la ola ;
el Sol, calor y vida de sus amores,
de pétalos, cascadas multicolores
derramó en la campiña ; flexibles lianas
colgó en las verdes copas, como persianas
de encajes transparentes ; rompió la bruma
abrillantando el agua ; pintó la espuma
con reflejos carmíneos ; en orientales
palacios, se trocaron los pedregales ;
en diamantes las gotas ; en esmeraldas
los pastos de los cerros y de las faldas,
y en minas de topacios y de amatistas,
los torrentes, los picos y las aristas.

¿ Qué voluntad oculta cambió el paisaje ?
¿ Quién su nupcial corona quitó al ramaje
y conmovió á las brisas que modulaban
la trova del ensueño, cuando volaban
á través de los campos reverdecidos ?
¿ Qué mano misteriosa rompió los nidos,
marchitó las gramillas y hasta sus blondas
de espumas irisadas robó á las ondas ?

¿ Fué visión de sus sueños ? En las sombrías
hondonadas ¿ no ha oído las melodías
de los himnos florales ? ¿ No vió en las lomas
brillar el espinillo rico en aromas,
agitarse las algas en los esteros,
y mecerse lo nidos de los boyeros
prendidos á los gajos ? Si fué quimera,
si fué sueño, que vuelva la primavera
á verter sus perfumes sobre los campos ;
que la luz se difunda, que incendie lampos
en el velo celeste del horizonte ;
que una orquesta de trinos vibre en el monte,
y en la llanura ondulen como las olas,
los gérmenes sensuales de las corolas.

Fué vana su esperanza. Distante el astro
apenas en la altura dejó su rastro.

Cesaron los rumores; ni una eufonía
trajo el aura del llano; despertó el día
sin vibrar como otrora la extraña orquesta
de las aves que se aman en la floresta.

¿Quién lloraba? ¿El arroyo? ¿Tal vez las blancas
margaritas, ya mustias, en las barrancas?
¿Era, acaso, el suspiro, débil, sin eco,
de las cosas que mueren?...

El pasto seco
de la cuchilla, ondeaba; la fina hierba
de las altas colinas, que el Sol enerva,
dejaba al descubierto los pedregales;
el terciopelo obscuro de los chircales,
manchaba la planicie; deshabitado
se alzaba un viejo rancho junto al bañado;
matorrales de ortigas, cardos y abrojos
poblaban las mangueras y los rastrojos;
orillando el estero se dilataba
en haces amarillas la paja brava;
apenas la cañada se distinguía
oculta en un ribazo; la luz moría,
y en tinta de turquesas bañaba el monte,
los vapores, las cumbres y el horizonte.

Desde el abra del monte, la niña, ansiosa,
contemplaba el paisaje. No era la diosa
de la Arcadia sublime, cuya presencia
en el bosque, era un canto—la florescencia
del amor. ¡Oh misterio! Su voz tenía
el ritmo y la cadencia de una elegía.

Sus cabellos tendidos sobre la espalda.
Deshojadas las flores de su guirnalda.
Sus ojos irradiando fulgor extraño...
semejaba la imagen del desengaño
que viera disiparse sus ilusiones,
á manera de raudas exhalaciones.

La campiña, como ella, lánguida y mustia
se presentó á su vista. Sintió su angustia,
su pesar infinito. La flor nativa
de pálida corola, flor sensitiva,
que amaba perfumando, vió en la maleza,
el símbolo perfecto de su tristeza.

En tanto el arroyuelo de aguas oscuras
sin doradas riberas, sin espesuras,
arrastraba fragmentos de hojas y ramas,

plumas blancas de nidos y verdes lamas.
Eran los camalotes y las gramillas
un montón de despojos en las orillas.
Los pastos aventados junto á las parvas ;
los troncos de los ceibos llenos de larvas,
y brillando en las matas, entre las quiebras,
las pieles desprendidas de las culebras.

Como ardiente rocío brotó su llanto.

Ensueño del perfume, fugaz encanto
hecho de luz y de alas. Si el astro no arde,
como en ondas de incienso baja la tarde,
mientras Sirio se enciende, fúlgido broche,
que á su veste de sombras prende la noche.

Se espesó la penumbra. Ráfaga fría
estremeció á la joven. Alguien venía
en dirección al bosque. Latió su seno
como nunca latiera.—Dulce veneno
del amor delirante ¿quién no te adora?

Ella sintió en su pecho como una aurora
volver la vida, un soplo, débil fragancia
de la flor de la dicha. Ni aún en su infancia
fué mejor arrullada, que en el instante
en que vió por la senda venir su amante.

Él era: su esperanza. ¿Qué le importaba
el tálamo deshecho que antes amaba?

¿Qué, los verdes tapices, las colgaduras
de lianas florecidas; las esculturas
formadas de ramajes, como doseles?

¿Qué, los cálices de oro llenos de mieles,
si él llegaba trayéndole las primicias
de otra estación más grata, de otras caricias?

Hacia él corrió. En sus brazos, ya sin aliento
cayó desfallecida, mientras el viento
rozaba con sus alas la mustia alfombra,
y los astros temblaban entre la sombra.

Santiago Maciel.

Villa Colón, Enero 2 de 1900.

IMPRESIONES DE ROMA

SANTA SABA

La calle estrecha, flanqueada de muros aterciopelados de húmedos musgos verdes, trepa la colina del Aventino, y en un recodo aparece la puerta del antiquísimo Monasterio de Santa Saba. Se golpea, y se presenta un chicuelo de diez ó doce años, que abre la vieja puerta carcomida y se entra á un patio silencioso, invadido por las hierbas. Parece un jardín de camposanto abandonado, todo florido de crisantemas de variados colores. Protegidos por los altos muros que cierran el recinto, crecen lozanos naranjos, cargados de fruta y azahares, y ellos dan el único hálito de vida que se respira en aquella mansión tétrica donde parece que ha dejado impresa una huella indeleble la desolación. La sencilla y graciosa arcada del claustro corre á todo el largo del edificio mirando á la campiña de Poniente que se extiende en una vasta planicie solitaria, sin más accidente que la prominencia del Testaccio, coronado por una cruz escuálida que abre sus brazos en el límpido horizonte del tramonto del Sacio.

Se entra á la iglesia por un pasadizo mezquino y una gran impresión de tristeza invade el espíritu en aquel ambiente de ruina y decadencia. En el piso, en las paredes, en la cripta subterránea, se conservan aún vestigios de la grandiosidad arquitectónica y de la riqueza ornamental de aquel templo de las edades primitivas del Cristianismo, el primero que surgió á la nueva fe sobre el Aventino, pero todo amenaza derrumbarse de un momento á otro, y las anchas grietas que surcan los muros acusan la moribunda vejez del monumento enfermo de melancolía desde que dejaron de resonar en sus ámbitos los cánticos del coro y quedó privado de los tibios perfumes del incienso. Gruesas vigas apuntalan los arcos ruinosos que dividen las naves, sostenidos por graníticas columnas arrancadas

de algún otro templo de la Roma pagana, que tan profusamente contribuyó con sus tesoros artísticos á enriquecer los monumentos de la nueva doctrina vencedora, decorando con la misma pompa con que había ennoblecido las aras de los Dioses mitológicos los altares del Dios revolucionario que instituyó una nueva dinastía celestial más poderosa, más dominadora, más perdurable.

La mano bárbara de la Edad Media deformó en mucha parte la pristina belleza arquitectónica y la suntuosidad ornamental de la iglesia de Santa Saba. La columnata que separaba la naves extremas está murada; los frescos que decoraban los arquivoltas fueron cubiertos con cal; algunas de las columnas de rico jaspe verde de los altares han sido robadas y sustituidas por pilastras de madera groseramente pintadas; los delicados mosaicos del piso han sido en parte arrancados, y todo revela la obra despiadada de aquella época en que se borró del espíritu de los pueblos el sentimiento estético que había florecido en las postrimerías del paganismo y que renació con el triunfo definitivo de la Iglesia Católica. Se diría que aquello fué un segundo Diluvio que arrasó la obra primorosa del arte humano como arrasó el primero toda la creación de la Naturaleza.

Salí con el alma contristada de aquel templo en ruinas, sin santos, sin crucifijos, sin tabernáculo, inerte como un cuerpo sin alma, y aspiré con delicia el aire tibio de aquella tarde de Otoño, serena y diáfana, sin una nube en el cielo. Era la hora del ocaso y una gran paz se difundía en todo el paisaje solitario, como si el silencio reinante entre los muros agrietados de Santa Saba se dilatase por toda la campiña romana, vasta y plana como un mar en calma. El sol caía lentamente sobre el horizonte envuelto en la aureola de las brumas lejanas del Tirreno, doradas en el incendio del Poniente, mientras el cielo empalidecía sobre Roma destacándose en la limpieza del ambiente la silueta esbelta de las torres y las gibas de las cúpulas. Al frente, por sobre el tejado de Santa Sabina, surgía la colosal de *San Pietro*, como una mitra gigantesca, y aquí y allá se distinguían los perfiles de San Alejo, de Santa Prisca, del Monasterio de los Caballeros de Malta, del Convento de los Benedictinos, todos los monumentos de la Ciudad Santa, erguidos en la gloria de su poderío haciendo contraste con las ruinas imponentes de la Roma Cesárea, el Palatino, el Coliseo, las columnas truncadas del Foro,

llenas de grandiosidad aún en su actual miseria, como los restos fósiles de la fauna antidiluviana que revelan con sus osamentas de gigantes su corpulencia y su fuerza empequeñeciendo las razas que la sucedieron.

Un único eslabón queda intacto de la cadena de los años: el Capitolio, cuya alta terre domina toda Roma, afianzando su soberanía de ciudad capital de un reino fuerte y glorioso. El monumento perpetúa la tradición, á ratos interrumpida, del dominio político, intelectual y artístico de Roma en toda la Itálica tierra y allí queda cimentado para siempre en las entrañas del monte incommovible. Y mientras las sombras cadentes del cielo parecen aplastarlo todo bajo su manto, se diría que la torre Capitolina se agiganta absorbiendo los últimos resplandores del día, radiante como un faro entre las nieblas crepusculares del Tíber. Más que un objeto tangible, parece una idea luminosa que refulge con luz inextinguible; un astro sin ocaso: la estrella simbólica de Roma libre!

Contemplando aquel paisaje evocador de tan larga y tumultuosa historia, veía venir gradualmente la noche en la tarde plácida y tibia. El sol se había hundido ya en el horizonte dejando en el cielo como una aureola dorada de cabeza de santo bizantino, y la campaña ennegrecida parecía más vasta, más triste en su silenciosa soledad. Antes de alejarme dirigí una última mirada al viejo monasterio que acababa de visitar, y al verlo tan ruinoso en medio de aquel melancólico jardín de camposanto abandonado, mudas sus campanas, apagados los incensarios, desvestidos los altares, se me figuró que el verdadero ocaso no era el de aquel sol que se había sumergido en el horizonte lejano llevando toda su vida, su calor, su luz á otras regiones y que al día siguiente volvería á irradiar en este mismo cielo, si no el ocaso, de las creencias, de las supersticiones, de los fanatismos que se hundían en la lobreguez de una noche eterna, sin la esperanza consoladora de una nueva aurora, aplastadas bajo los escombros de aquellos muros condenados á una catástrofe suprema contra la cual serán inútiles todos los puntales con que el artificio humano pretende sostener en pie el viejo edificio privado del alma vivificante de la fe.

Es noche ya. En la solemne quietud de las sombras sólo se oye á lo lejos el tañido acompasado de una campana que convida á la

oración vespertina. Y los azahares, humedecidos por el relente, difunden su suave aroma virginal perfumando el ambiente quieto.

Daniel Muñoz.

Roma, Noviembre de 1899.

AÉREA

Ven, lirio de espuma,
Ven, mirto de Eleusis.

Como abeja de oro
Tu planta en el césped
En trémulo nimbo
Fulgura y se mueve.

Ven, hélice de onda,
Diadema de Oriente.

¿Qué peplo rosado
De niebla te mece?
¿Qué tiara de estrella
Se esfuma en tus sienes?

Ven, orla de nube,
Ven, rosa de nieve.

La luz de tus ojos
Se posa en mi frente
Como alma de errante
Paloma celeste.

Ven, randa de aurora,
Nelumbo naciente.

Custodie mis sueños
Tu mágica veste:
Te entrego en ofrenda
Mi rito y mis preces;

¡Oh, vaso de aromas,
¡Oh, flor de Citéres!

Pedro J. Naón,
Argentino.

Buenos Aires, Enero de 1900.

MANCHAS DE COLOR

SAPOS Y MARIPOSAS

Al brillante escritor
Julio Herrera y Reissig.

Hija, ¿va usted al baile?, dijo un sapo á una mariposa blanca, de alas de raso, que se había detenido un instante, como fatigada de su vuelo, en un arbusto en flor.

— ¿Por qué lo dice usted?, preguntó la mariposa, juntando las alas y dejándose mecer por el céfiro en una de las más flexibles ramas del arbusto.

— Pues lo digo por ese traje hermoso que luce usted y que le habrá costado un dineral.

— ¡Bah! así he venido al mundo...

— ¿Vienen ustedes las mariposas al mundo en traje de baile? ¡es claro! su vida es una perpetua fiesta. En cuanto amanece Dios, empiezan las músicas en los nidos y en cuanto abren sus párpados las estrellas, comienzan los grillos á afinar sus stradivarius... ¡Y todo para que dancen ustedes en giros caprichosos por el aire ó para arrullar su sueño! no, lo que es para mí y mis congéneres, no se tomarían á buen seguro ese trabajo. ¡Ah! ¡qué felices son ustedes las mariposas! ¡siempre de jolgorio! ¡y cuidado si se regalan con mieles y perfumes!

— Y usted, ¿no es dichoso?

— ¿Cree usted que puede ser dichoso un sapo? ¡el ser más desgraciado de toda la fauna! para nosotros no hay más conciertos

que los de los charcos, ni más diversión que los ejercicios acrobáticos de las ranas. Mientras ustedes lucen brillantes trajes de raso, nosotros andamos... ¡ya lo ve usted! ¡en cueros vivos! En el banquete de la vida no tenemos cubierto; ¿ni cómo habrían de admitirnos, en un estado tan poco... presentable? ¡Ay! en nuestro *menú* no figuran las rosas...

—Pues al alcance de ustedes están...

—¿Y qué sacamos con eso, si carecemos del arte necesario para extraer su dulce néctar? ¿quiere usted desdicha mayor que la nuestra? Si yo hubiese nacido mariposa, sus nectarios no tendrían secretos para mí, y después de una orgía de mieles en el cáliz de una rosa, me bañaría en las ondas luminosas del espacio, lejos de este negro lodo donde ando á salto... de mata. ¡Ah! confiese usted que mi suerte es mucho más triste. Yo no sé dónde nacen ustedes las mariposas; he oído á un naturalista muy sabio y muy majadero que viene aquí todas las tardes á estudiar la naturaleza, no sé qué cuentos de larvas y crisálidas, pero á mí nadie me quita de la cabeza que ustedes no nacen en la tierra, sino que bajan del cielo... ¡y por eso son tan felices! He notado que después de las tormentas de verano, aparecen ustedes muy numerosas en el aire azul... y es, sin duda, que el arco iris se deshace en mariposas...

—Veo que tiene usted una imaginación de poeta.

—¡Como que ando en cueros!

Iba á proseguir el sapo lamentando su triste suerte y ponderando la felicidad de los seres que nacen bellos, como las mariposas, cuando vió acercarse cautelosamente un niño al brillante insecto...

Quiso advertirle del peligro que corría, pero aquel pequeño verdugo no le dió tiempo: rápido como el pensamiento, asió de las blancas alas á la mariposa y la clavó con un alfiler en el arbusto en flor...

Casimiro Prieto,

Español.

Diciembre de 1899.

DOS RIMAS

Señor Julio Herrera y Reissig.

Mi simpático amigo:

Ha triunfado usted, aunque, por esta vez, el triunfo valga bien poca cosa. Tantos aldabonazos ha dado en mi puerta de poeta, enmohecida por los años, que no he tenido al fin otro remedio que entreabrir una rendija. Por ella tengo el gusto de alcanzarle dos pequeñas rimas, que aunque no han sido escritas expresamente para LA REVISTA, puesto que hace años figuran entre los valores *nominales* de mi cartera, han sufrido algunas correcciones y modificaciones de forma que, si no traje, les han puesto cuando menos corbata nueva. Ya sabrá usted algún día de pampero, que no se lo deseo por cierto, cuando las musas se hayan escapado á climas más apacibles y crean prudente entretenerse en ellos, desoyendo sus ardientes invocaciones,—lo que significa, para un poeta invadido por las canas y por la esterilidad, poner corbata nueva á alguna de sus composiciones. Téngamelo en cuenta, y crea que lo he hecho, no sólo por deferir á sus amables instancias, sino por demostrarle que lo acompaño vivamente en su empeño de sostener una buena revista literaria, y en el más amplio y esforzado de levantar bien alto, sobre estos tiempos de escepticismo en que la ciencia nos atrofia, absorbiendo hasta la última molécula del oxígeno que reclaman las facultades imaginativas,—el estandarte de la poesía, el estandarte de seda y oro que pasearon triunfantes de castillo en castillo los trovadores de la Edad Media, y que flotó invisible, pero envuelto en crespones, sobre el cortejo que acompañó al panteón los restos de Víctor Hugo.

Cuando se ve á adolescentes como usted poner al servicio de esa causa la herencia de talento y de educación que ha recibido de sus mayores, engarzando hermosos pensamientos en cinceladas estrofas y sembrándolas á profusión sobre tierras can-

sadas, refractarias al surco, el ánimo se conforta y la fe en el porvenir recupera su fuerza inquebrantable. Volverán los tiempos hermosos de Clemencia Isaura, los del Tasso en Ferrara y Gœthe en Weimar; volverán á imperar los ideales y á vestir armaduras caballerescas; volverá la humanidad á vibrar como una sola cuerda del arpa, cuando la pulse un ciego como Homero ó



JOSÉ G. DEL BUSTO

un cojo como Tirteo. Es cuestión de años. No pasará el primer cuarto del siglo XX sin que la poesía recupere su cetro y reine sobre un imperio más dilatado que cuantos ha regido hasta ahora. La historia está compuesta sucesivamente de períodos de entusiasmo exaltado y de frío razonamiento; aún estamos nosotros en uno de éstos, pero su reino de cuarenta años toca á su fin. Abramos la ventana para esperar la aurora y saludar la vuelta de las oscuras golondrinas.

En la justa balanza de la vida
quise saber lo que pesaba yo ://
arrojé en un platillo mi cabeza ;
en el otro cayó mi corazón.

Y al levantar el fiel vi con sorpresa,
llena el alma de pena y de estupor,
que la cabeza se elevó á las nubes
y hasta el abismo el corazón bajó.

Ay! Es que cuando ruge la borrasca,
cuando se pone el sol,
en la balanza que la sombra cubre
pesa más que los sueños el dolor.

En las orillas de un labio
que olas de grana cubrieron
se encontraron frente á frente
una lágrima y un beso.

Rodando vino la lágrima
desde las cumbres de hielo
donde penas y huracanes
atormentan al cerebro :

subió el beso entre la lava
del cráter sanguinolento
que las pasiones salvajes
en el corazón abrieron.

Él era ardiente: ella fría ;
Él era rayo: ella cielo ;
el vado único y angosto ;
inevitable el encuentro.

¿ Qué sucedió ? Estaba escrito :
la nieve cayó en el fuego
y entre las olas del labio
ahogó á la lágrima el beso.

De Vd. affmo. amigo.

José G. del Busto.

C/de Vd., Diciembre 12 de 1899.

WAGNERIANAS

Para el querido amigo poeta Vidal Belo.
Contestándole á *Pontifical*.

¡ Oh, llévame con tus ansias; en las nevadas uvas de tus senos
Fermenta el vino sublime de los placeres azules.
Quiero libar en tu boca la satánica miel de los venenos;
Con el hatchitz de tus besos me harás ver mil Stambules!

Las románticas palomas se besan blandamente con el pico,
Y se abraza con las nubes — ogro de piedras — el cerro.
¡ Une tu boca á la mía, mientras me embrujan con su ideal *chamico*,
Tus ojos, cafres ardientes, que se vengan de su encierro!

Pasaron las golondrinas: ideas de un espíritu iracundo;
Las nubes negras pasaron como viudas lacrimosas,
Y el Iris, risa de Flora, cayó cual serpentina sobre el mundo,
Y de él nacieron los sueños y las regias mariposas.

Las flores de porcelana son jarrones artísticos de Etruria;
Canta el crepúsculo herido su yambo de cisne griego.
Como un silfo ruboroso que se esconde en su lecho de lujuria
Entra el Sol en Occidente bajo sábanas de fuego.

¡ Vamos á pasear, querida! Plutón fecunda la dormida tierra,
Y teje Dios en el cielo su luminoso arabesco.
Por entre las verdes cejas, que embéllecen el rostro de la sierra,
Baja el río á la llanura como un sudor gigantesco.

Una loca pincelada, del Miguel Angel soñador de arriba,
Flota en la cúpula inmensa del etéreo Vaticano;
Sobre el triste campanario la aguja de metal se yergue altiva
Como el dedo de Dios mismo señalando un grande arcano!

Vamos á pasear, querida; florecen las dormidas amapolas
Como blasfemias sangrientas que Richepín cincelara,
Como bocas de odaliscas, como ardientes mejillas de manolas,
Como lenguas que Swinburne con su gran cincel tallara!

Como hipóbole de duda, nace la *noche blanca* de la bruma,
Y su ramazón de nieve forma un incienso de tules,

Cadavéricos jazmines va deshojando la nevada espuma,
Y los cardales nos miran con sus pupilas azules!

Como en el alma de Rubens, hay en el lago llamas y mirajes.
Dios sopla en la inmensa fragua y el cielo florece chispas,
Y celebran sus idilios sobre el grácil balcón de los ramajes,
Bayaderas de oro y plata, las armónicas avisvas.

Las uvas negras esplenden, cual pupilas de reinas de Etiopía;
Un gran harem hay arriba que para Venus fué hecho,
Entre sábanas de raso duerme la reina en su lujosa umbría
Y los astros son gacelas que reposan en su lecho.

Como Pöe yo amo el negro: los negros novilunios de tus cejas
Que en el cielo de tu rostro fueron hechos de relieve;
La escandinávica noche de tu cabello, que flotar lo dejas
Para que forme un misterio sobre tu cuerpo de nieve.

Los tristes gajos del sauce lloran temblando su inmortal rocío;
El alma azul de Lucía, trémula, en ellos se arropa:
Como estrofas de Prudhomme lloran las ondas, cíngaras del río,
Y el zorzal ebrio de cantos es Verlaine frente á una copa!

Llora la huérfana noche su lluvia de impalpables terciopelos,
En las teclas del follaje Musset ríe, Heine se mueve;
En la sala azul del lago vibran quejas de raros violoncelos,
Y al reir muestran los lirios su dentadura de nieve.

Le Cordonnel tararea su triste Ave María de suspiros;
De Mallarmé dicen versos los neuróticos bactracios,
Y las luciérnagas de oro semejan, al formar extraños giros,
Una elegante gavota de hermosísimos topacios!

¡Vamos á pasear, querida; tus ojos son de luz cristalizada
Como el ardiente veneno que hizo cantar á Anacreonte;
Es tu boca el rojo Infierno donde el Dante labró sus llamaradas,
Y tus senos son dos versos cincelados por Leconte!

Julio Herrera y Reissig.

JUSTICIA HUMANA

« No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se revolverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pesuñas. » *Jesucristo.*

Día claro y apacible hacía, lleno de luz y de colores, invitando al paseo y al descanso, induciendo á huir del centro de la labor diaria para buscar una tregua al trabajo semanal no interrumpido.

Mi amigo X y yo, objeto de esas impresiones como el que más, deliberada ó inconscientemente, hemos dejado, sin rumbo fijo, el bullicio del centro urbano; y llevados al acaso por nuestras voluntades tan acordes como veleidosas, entramos, perdidos en medio de gruesa columna de visitantes, á la gran casa de salud establecida en los suburbios de la ciudad.

Es domingo, día de visita á los pobres confinados allí por el fallo despiadado de inclemente sino. Los deudos, los amigos, y aun los extraños, guardadores de alguno de los desequilibrados en cura, se sienten llevados por curiosidad ó compasión á visitarlos, condolidos de la situación de aquellos desgraciados, verdaderos despojos de lo que fué un hombre.

Henos dentro ya: á lo largo de interminables y espaciosos corredores bien ventilados, cerrados por sólida reja contra la que se apiña compacta multitud de espectadores, vense, en grupos ó aislados, quietos ó en movimiento, á voz en grito y con grandes gestos, hablando quedo ó encerrados en absoluto silencio, los extraños y obligados moradores de aquella triste mansión. Unos sentados, otros de pie, aquél recostado á un pilar, éste de espaldas contra la pared, en cuanta postura imaginarse pueda, allí pasan las horas y las horas, ajenos hasta á la noción del tiempo, sin más deseo ni tendencia que salir y recobrar la libertad perdida, maldiciendo cada cual en su fuero interno á los que, sin comprenderle, le han encerrado junto con locos.

Miro con dolor y asombró aquel cuadro matizado por los mil colores de infinito número de vestiduras distintas, contrastando singu-

larmente con lo variado de los trajes, fisonomías y actitudes, el color parejo del uniforme de los enfermeros vigilantes que, con ojo avizor, miran en torno suyo, tan prontos á hacer una indicación pacífica de palabra, como una violenta con la correa, su compañera inseparable. El ruido ensordecedor de las conversaciones, entremezclado con los gritos, las carcajadas y los lamentos que del otro lado de la reja parten, produce en mi ánimo una sensación de laxitud y desaliento profundos, y sin articular palabra, sin oír siquiera la charla interminable de mi acompañante, permanezco como clayado en mi sitio, siguiendo las evoluciones desordenadas y sin concierto de aquel mundo desconocido para mí.

De pronto, una exclamación casi unánime parte del lado de la reja en que me encuentro: ¡el orador, el orador! y mientras, como por encanto, todos callan y los vigilantes sonrían estúpida y compasivamente, uno de los reclusos, agitándose nervioso, se para de improviso sobre el banco que inmóvil ocupara hasta aquel momento, y con desenvuelto ademán y estentórea voz, que oímos todos distintamente, encarándose con el público:

« Amor, fidelidad, consecuencia » ... dice, « palabras vanas, términos vacíos y sin sentido en este siglo frívolo y de hielo para los afectos puros y sin manchilla. Hablad á la joven de hoy de estas cosas, encomiadle la gran cualidad de observar una conducta ejemplar, de vivir con la mayor economía posible, de mantenerse en su dignidad, de retener en su sitio al hombre que la pretende sin permitirle liberalidad alguna de esas que vejan cuando se autorizan; y se reirá de vuestras prédicas, porque no las entiende. La inestabilidad de los afectos está á la orden del día, y la amante prometida de ayer pasa al lado de aquel á quien juró amor eterno sin mirarle hoy á la cara siquiera; antes bien, tras de ofenderle, oculta cuidadosamente su afecto y trata de aparentar desprecio. ¡Oh vida de ficciones y de formulismos, estudiados para vivir mejor en este siglo de corrupción y de mentira! El Siglo piensa, ha dicho *Max Nordau*, el Siglo piensa en la lucha, en las mejores condiciones de afrontar los peligros y eludir la ley del hambre, y el *homo lupum hominis* es la norma de conducta diaria: ¡el hombre trata de sacar el mendrugo de la boca de su vecino, aunque disponga de un saco repleto de pan, y la mujer busca un hombre, el más tonto que hallar pueda, para vivir á su costa sin

hacer nada y dando satisfacción á los punzantes agujones de la carne, convertidos, por el excesivo trabajo mental de las generaciones, en acerados dardos que fomentan impúdicos y mal velados deseos!...

«¿Es que hay, acaso, algún afecto sincero al morir el Siglo XIX? ¿No habrán, quizá, ocultado para siempre, las luces deslumbradoras del talento inventor de sus hombres, la ya tenue y debilísima de los afectos del corazón? ¡Oh! sí; sólo existe en este mundo reducido y mezquino, en el conjunto del Universo, como mezquinas y reducidas son las pasiones de sus habitantes, el amor del autor á su obra, del inventor á su composición, del investigador á su descubrimiento; y ¡tal vez por esto, sólo el amor paternal, único afecto verdadero, ha salvado en el siniestro en que pereció, ha mucho ya, el corazón de los mortales!

«¡Hombres que queréis vivir felices! ¡guardaos de mirar profundamente y juzgar con elevado y sano criterio las frivolidades buenas y las profundas maldades de esta época de carcoma moral y material, pues si lo hacéis, os espera, sin duda ninguna, ser desgraciados! ¡Reíd, reíd siempre, aunque sea como Garrick, y haceos cómicos, como él; que grande es el teatro del mundo, donde todos somos comediantes y espectadores! La vida no puede ser cosa de gran monta donde todos mienten y nadie es sincero; y no vale seguramente la pena el vivirla con desvelos, siéndolo, si mintiendo todo se ha conseguido ó puede conseguirse » ...

El chasquido de un latigazo, mitad sobre la ropa, mitad sobre desnudas carnes; un coro de carcajadas estridentes y que dan frío; un grito de dolor y un sollozo, cortan el discurso y hacen caer al orador sentado sobre el duro banco que le sirviera de tribuna, ocultando la cara entre las manos: debía restablecerse el orden que el loco *manso* había interrumpido, porque los demás comenzaban á excitarse. Por otra parte, él ya se había desahogado, y en muchos días no volvería á salir de su actitud cavilosa y de su profundo mutismo habitual. Bien sabían todo esto los enfermeros vigilantes, y el más cercano había dado fin á la arenga cuando lo juzgó prudente...

Nerviosamente movido por un impulso interno, arrastré á mi compañero fuera de la lúgubre morada: sentía oprimido el pecho,

flojas las piernas, febriles los músculos... Cuando traspuse los umbrales, preso de una amargura infinita, mis pensamientos todos se condensaron en estas palabras, escapadas de mis labios á mi pesar, dejando atónito á mi irreflexivo acompañante: ¡al que diga la verdad, no faltará quien le azote, como al Cristo del Calvario! ¡Conténtese si le hacen el favor de creerle loco!

Ambrosio L. Ramasso.

Noviembre 26 de 1899.

FUGAZ

Crece, se marchita y muere,
de mi vida en el misterio,
por el infortunio herida
la flor de mi pensamiento.

¡Pobre flor! no es bella y tiene
el color del terciopelo,
color que le dan mis penas
en las horas de hondo tedio.

Con mis lágrimas revive
al calor de un sentimiento:
¡Mejor que crezca olvidada
como lo dispuso el cielo!

Del día que ya alborea,
entre los vagos reflejos
se columpia, intenta erguirse,
y se deshacen sus pétalos.

Levantándose sombría,
como visión de un ensueño,
silenciosa cual la muerte,
La imagen de mis recuerdos.

Luis Martínez Marcos.

Santa Fe, 1899.

HUGO

Para José Enrique Rodó.

Fué un hábil y genial malabarista
de viejas tempestades. En su mano
la lira fué una tea y del arcano
rasgó el velo. Cantó: fué otro salmista

como David. Lloró: la hiriente arista
cayó á sus pies! La Envidia quiso en vano
truncar su pedestal. Como el romano
fué cielo y después sol, héroe y artista.

De pie ante las ráfagas de insultos
melló sobre el frontal de los estultos
la espada de sus cláusulas de acero.

La Muerte le venció: sobre su fosa
debiera haber grabado, sentenciosa:
¡El Sol aquí se encuentra prisionero!

Manuel J. Sumay.

• Argentino.

Buenos Aires, Primavera del 99.

CLARO DE LUNA

Entre tules cuajados de diamantes,
Que retrata la poética laguna,
Majestuosa se eleva, por instantes,
La faz resplandeciente de la luna.

Y si entre tenues gasas se percibe,
Adivina mi mente el cuerpo hermoso,
De una bacante que fugaz exhibe
La alba tez de su seno luminoso!

¡Oh, luna, cuando ostentas tu blancura,
Me parece la fronda del paisaje,

Huérfana que su negra vestidura
Cambia feliz por el nupcial ropaje!

Arranca de las hojas dulces trinos,
Y á medida que su órbita recorre,
Del *chalet* escondido entre los pinos,
La sombra como un manto se descorre.

Con la abundosa cabellera suelta,
Luciendo rutilante pedrería,
Va descendiendo una mujer esbelta,
Por la espaciosa y blanca gradería.

¡Con qué garbo al columpio se encamina,
Ondulante su blanca vestidura!
¡Jamás la forjó el Dante tan divina
Ni el Giotto concibió tanta hermosura!

Sobre el columpio de nogal blanquea
Cual la leve espiral del incensario,
Y allí, en su cuello virginal, chispea
Cual pupila iracunda el solitario!

Ella es toda mi vida y mi esperanza,
Es la divina diosa que me inspira,
La que arranca la erótica romanza
De las cuerdas más dulces de mi lira!

El vaivén del columpio la enardece,
La deleita la brisa perfumada,
Es Venus soñadora que se mece
Con un beso de luz en la mirada!

Sus ojos de ternuras opalinas,
Semejan en su rostro alborozado,
Esas manchas azules, vespertinas,
Que agrietan el celaje sonrosado!

.
.

Cesó el vaivén y mi gentil amante
En un papel detuvo su mirada!..
Mientras que yo sentía en ese instante
En un suspiro el alma desgarrada!

Me aproximé, y con mi ilusión perdida
 ¡Oh, Dios, sentí mi corazón deshecho!
 Y cual gotas de sangre de una herida
 Brotaron las palabras de mi pecho!

Su palidez la luna diluía,
 Al ambiente las flores embriagaban.
 Mientras yo sus traiciones reprendía,
 Ay! la luz y el perfume la besaban!...

Aumentaba mi encono su hermosura,
 Y, ¡oh pérfida! — al sonreír á mis enojos,
 Exhibía en su blanca dentadura
 La miel hiblea de sus labios rojos!

Y cuando resistir ya no podía
 Mi lacerado pecho su delito
 Díjome, en la explosión de su alegría,
 «¡Eres un tonto, para ti la he escrito!»

Francisco G. Vallarino.

MAL DE MUCHOS

Para un exagerado sensualista.

Avalancha de eróticas legiones
 son las ideas de su pobre mente,
 cuando copia el furor incandescente
 de Salomé y Cleopatra en sus pasiones.

Soñando con fantásticas visiones
 se mueve entre los sátiros, y siente
 en un pesado, voluptuoso ambiente
 los perfumes de amor de mil Trianones...

¡Gran insensato! á la Razón injuria
 cuando quiere probar que no es pigmeo,
 que hay alientos de cíclope en su furia!...

Y no es más que un lascivo Prometeo
 atado con cadenas de lujuria
 á la maldita roca del Deseo!...

Alfredo Varzi.

Diciembre del 99.

DE MI CARTERA

A los novios debiera aplicarse rigurosamente la disposición del artículo 2278 del Código Civil, relativa á los acreedores prendarios: «el acreedor no puede servirse de la prenda en manera alguna».

Todos los días llega á mi mesa de trabajo una de estas revistas americanas que el decadentismo en boga engendra, conjunto de vaciedades que á ratos me entretienen y hacen reír. Sus redactores, ordinariamente anónimos, olvidan que no es ser escritor ser portavoz de semejantes novedades y bufón complaciente de una decadencia enervante y vergonzosa.

Hay que dirigir la educación hacia fines prácticos. Prescindiendo un poco de las conclusiones teóricas del charlatanismo de reputaciones sin fondo, y otro poco también del charruismo salvaje que nos devora, llegaremos un día á la solución del más importante de nuestros problemas: el relativo á la educación del pueblo. Más educación cívica práctica, más Constitución, más agricultura, más juegos y gimnasia al aire libre, menos ciencia abstrusa, más conocimiento de nuestras cosas y de nuestras necesidades: eso necesitamos para arribar al puerto tan anhelado de nuestra regeneración social, intelectual y política.

Individuos que van á los puestos públicos á satisfacer bajas pasiones, cuando no por el afán de un exhibicionismo pueril; que nunca aceptan gustosos lo que se les da, sino que, como dicen, lo hacen sacrificándose, sólo por acompañar á una situación ó á un gobernante, nunca faltan. Pero siempre traerán á mi memoria el recuerdo de un gran tomador de vermouths que conocí en mi infancia, italiano de nación, quien infaliblemente aceptaba los envites

A los lectores de esta revista se les recomienda la adquisición del
- LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»
- El autor no puede ser responsable de la pérdida en manera al-



CARLOS MARTÍNEZ VIGIL

Individuos que van a los puertos...
siempre cuando no por el alma de un exaltacionista pueril; que
una vez que se encuentran en una situación de un
hacer sacando solo por acompañar a una situación de un
rebotante, nunca faltan. Pero siempre tratan a un momento el
recuerdo de un gran tomador de vermouths que con él en un
lugar italiano de nacimiento, quien infelizmente recibía los envíos

de sus compañeros con esta frase de corte posibilista: *Bueno*, decía aun cuando estuviera rabiando por tomar: *lo haré per tanto per cumpañarlo*.

Bixantinus—escribía yo en vez pasada—es una personalidad sumamente simpática, por su gran corazón, su patriotismo y el buen fondo moral de su alma. Creo que su último folleto, si exceptuamos la exageración relativa al busto de Leandro Gómez y algún otro detalle, bastaría á demostrarlo por sí solo, si los antecedentes todos de su vida no probaran acabadamente que no es hombre de esos que obran impulsados por un cálculo frío y razonador. En esto estoy seguramente en desacuerdo con el doctor Alberto Nin, si he de mirar como juicio sereno suyo y si he de dar valor de juicio á algunas frases aisladas del opúsculo que juzgando á *Bixantinus* escribió. Creo que las ideas de éste están llenas de unción patriótica y que algunas de sus palabras merecerían grabarse en bronce. Hay en él verdades de á puño; me parece que es imposible negarlo. Pero, con todo, entiendo que exagera. Digo que exagera al suponer muy próximo el triunfo de sus ideas generosas, triunfo que yo no diviso sino en un lejano porvenir, y en cuanto afirma que es obra del constitucionalismo el progreso que hemos alcanzado á pesar de todo en materia política, porque el progreso del país no se debe á la influencia exclusiva del constitucionalismo, cuya acción benéfica no niego: se debe al esfuerzo de sus hombres todos, á la difusión mayor de las luces cada día, á las lecciones diarias de la experiencia, á la marcha inevitable de las cosas cuando encierran en sí mismas condiciones de indiscutible vitalidad. Si así no hubiera sido, hasta hubiéramos dejado de existir como nación. «El progreso ó la muerte»: he ahí una ley que rige á todo lo que en el mundo vive. (1).

Carlos Martínez Vigil.

(1) Continuará en el número siguiente.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

EL SOLDADO DEL PORVENIR

Ante todo corresponde que expliquemos nuestra presencia en las columnas de LA REVISTA.

Estábamos empeñados en la tarea ingrata de allanar dificultades que se presentaban para el sostenimiento de un órgano del Ejército en circunstancias que el ilustrado señor Herrera y Reissig nos invita galantemente á escribir en la importante revista de su dirección.

Predominaba, entre los compañeros animados del pensamiento de la publicación militar á que hacemos referencia, la opinión de que escollaríamos indefectiblemente en nuestra empresa, siguiendo esa ley fatal que ha gravitado sobre todos los periódicos militares anteriores y á la que no podríamos sustraernos, máxime si se tenía en cuenta la pobreza de nuestras calidades y la excelencia de las de nuestros predecesores.

Conciliando la manera de precavernos y apartarnos del precipicio donde se despeña la prensa militar, encontramos en la invitación del director de esta importante revista una coyuntura expedita para la realización de nuestros propósitos.

No desconocemos que es algo híbrido involucrar en las publicaciones de esta índole, asuntos extraños á su naturaleza, y reconocemos también que nos falta personería y talla intelectual para tratar cuestiones militares complejas. Consecuencia de estas premisas nos llevaría á declinar indudablemente el ofrecimiento si no fuera que las razones apuntadas y el deseo de corresponder en alguna forma la atención del señor Herrera y Reissig se han complotado conspirando contra nuestras preocupaciones y justos recelos.

Sirva, pues, el precedente exordio, para explicar, como lo decimos, nuestra presencia en las columnas de LA REVISTA.

El Ejército permanente de nuestro país se recluta, en su mayor parte, con soldados voluntarios ó contratados, aptos para el servicio de las armas, que llenan las prescripciones de la ley ó disposiciones vigentes. No hay exclusiones con respecto á la calidad de las personas; de manera que las puertas de nuestros cuarteles están indistintamente abiertas para todas las clases sociales.

Pero aquí, como en todos los países que se costean Ejércitos permanentes en estas condiciones, ó el servicio militar no es obligatorio, se choca á cada paso con grandes dificultades para mante-

ner los efectivos del Ejército en un pie de organización compatible con las necesidades y servicios que está llamado á prestar.

El soldado que entra al servicio en las condiciones estipuladas por nuestra ley de reclutamiento, salvo excepciones, generalmente se aburre y busca rehuir el compromiso las más de las veces, cuando empieza á ser utilizable, es decir, cuando ha sido instruido y disciplinado. A este respecto siempre hemos creído que subsistiría el mal enunciado, mientras la ley misma no constituya por sí sola, garantía eficiente de permanencia ó estabilidad del contratado en el cuerpo que lo enganchó.

Pero dejando de lado estas apreciaciones, que tendremos en cuenta para cuando tratemos detenidamente tan importante cuestión, preguntamos: ¿el soldado voluntario ó contratado es el soldado del porvenir?

Inmediatamente salta á la vista que ponemos en el tapete de la discusión el problema del servicio militar obligatorio, sistema que otros países sudamericanos, más preparados que nosotros, no han logrado implantar, á pesar de los ensayos y propagandas patrióticas en razón de circunstancias, á las que, justo es decirlo, han respondido las masas cívicas mientras las dichas circunstancias han estado latentes.

Y no podía ser de otro modo. ¡No pueden, de ninguna manera, comulgar en los mismos altares, tendencias acomodaticias de la vida del hogar, muelle y regalada, con las restrictivas y sobrias de la vida militar, de campamento ó guarnición!

La profesión militar lleva consigo aparejada el sello de la abnegación y del sacrificio y su acción es inflexible en todo tiempo y lugar; las demás profesiones ó artes liberales en que se desarrolla la actividad humana, excluyen completamente toda coacción no ejercitada en salvaguardia de reglas fundamentales de organización social.

Es por eso que tiene su explicación lógica, en la clase que no es militar, ese retraimiento del servicio, aún mismo con leyes dispositivas en vigencia, y mientras no lo aconsejen grandes intereses comprometidos. No se echa de ver su parte censurable, porque ella se funda en una ley igualitaria que en estos países de creciente desarrollo tiene que desestimarse para dar campo á la acción fecunda de la industria y riqueza nacionales.

Predicar la doctrina contraria es hacer propaganda estéril que se estrellaría contra la masa férrea de multitudes que protestarían airadas contra el régimen militar, opresión militar ó lo que llamarían militarismo.

No hay que pensar, pues, por ahora, en el soldado del porvenir, producto del servicio militar obligatorio. Por otra parte, las pasiones políticas no están morijeradas y la fuerza pública ejercitada, sin más guardián que la del honor militar, sería un incentivo poderoso en manos de los partidos que nos mantendría en zozobra permanente, cuando no conmovidos por acontecimientos de otra trascendencia.

Pero hay que preparar el espíritu nacional para esa gran obra del porvenir que se impondrá con fuerza incontrastable cuando la corriente del progreso lleve á nuestro país á ocupar un sitio preferente entre las demás naciones sudamericanas, que es modestamente á lo que se debe aspirar. Hay que preparar las generaciones venideras, divulgando los conocimientos militares en las escuelas públicas, esparciendo ese ambiente en las aulas escolares para que, haciéndose carne en la masa cívica, no se sientan repulsiones por los hábitos militares y la vida del soldado á que se ha de tener necesidad de recurrir cuando, lo repetimos, encauzados en las corrientes del progreso, dejemos de ser inaptos para constituir una nacionalidad con rumbos bien marcados en la política y deliberaciones de los demás países del mundo.

La infancia es la edad indicada para que se manifieste, en toda su plenitud, el placer por las cosas militares. El brillo de las armas, las armas por sí solas, las músicas marciales, los colores vistosos del uniforme, el paso arrogante y resuelto de una tropa que pasa, produce en la imaginación del niño un efecto irresistible de imitar.

Hay que aprovechar el terreno favorable. El alma de la juventud se forma en esa edad y la influencia decisiva de la primera educación ejercería influjo poderoso más tarde en el cumplimiento de los deberes para con la patria.

Tengo para mí también que, á parte que se estimula el desarrollo de las fuerzas físicas, se excita el desarrollo del corazón, porque éste se adapta, por excelencia, al medio, y un medio ambiente varonil le es propiciatorio. ¡Corazones grandes de ciudadanos esforza-

dos de esas repúblicas sudafricanas que se creían de pastores, se han adelantado á prejuicios militares de autoridades competentes, compeliéndolas, por una serie de triunfos, á proclamar la necesidad de modificar el arte de combatir moderno!

De esto son capaces los ciudadanos que van á la guerra á combatir por la patria, por sus derechos, por sus propiedades, bienes, familias ó en reivindicaciones de prácticas y costumbres sancionadas por principios inmutables y humanitarios. Y para estar habilitados como tales es necesario formar el soldado del porvenir en las aulas escolares en las escuelas públicas, con ejercicios gimnásticos y de resistencia y una conveniente instrucción militar.

¿Nos singularizaríamos acaso con estas innovaciones al plan de enseñanza de nuestras escuelas? Estados Unidos de Norte América nos proporciona un ejemplo digno de imitación. La instrucción militar en sus escuelas está comprendida desde la primera enseñanza y, á medida que se desarrollan los programas en las escuelas normales y secundarias, los programas militares siguen ampliándose progresivamente.

Chile, la República sudamericana de organización militar más sólida, que ha llegado á su estado actual de desenvolvimiento, consultando todas sus necesidades y haciendo un estudio profundísimo de las organizaciones más adelantadas para prepararse militarmente, no ha descuidado la instrucción militar en sus colegios, implantándola desde principios del año próximopasado.

La República Argentina, en circunstancias que debatía complicados problemas internacionales, incluyó en sus programas secundarios esta enseñanza, bajo una amplitud demasiado absorbente, es cierto, encomendada á profesores militares, enseñanza que fué, más tarde, suprimida por una resolución que no estaba dentro del plan ministerial y que exteriorizó propósitos altruistas. Transcurrido cierto tiempo, se ha notado que ha habido imprevisión en la medida tomada, y es muy posible sea incluída nuevamente durante este período, dada la propaganda patriótica que se hace en su favor y el gran partido que cuenta entre los hombres públicos de aquel país.

A esta altura, cerramos nuestro artículo para volver, en otra oportunidad, á tratar este interesante asunto con más acopio de

datos. Nos permitiremos opinar, sin embargo, que implantando en nuestras escuelas el sistema de enseñanza propuesto, daríamos un paso adelante adoptando prácticas saludables de proyecciones benéficas para el futuro, que harán desaparecer asperezas y preocupaciones del espíritu público que cree ver en el ciudadano armado un peligro permanente para la sociedad, en lugar de una garantía de su bienestar.

Julio Dufrechou.

Montevideo, Enero de 1900.

PSICOLOGÍA DEL AVARO

En la democracia de las bajas pasiones ninguna es más vulgar que la avaricia. La fiebre del centavo se acompaña con tales manifestaciones, exige tal contextura íntima que, con plena justicia, debe colocársela entre las peores enfermedades del sentimiento y la inteligencia. Afecta, en mayor ó menor grado, las facultades humanas superiores, y así se explica que el avaro presente una fácil característica de inferiorización general.

Se sabe que esta infección reposa en una hiperestesia del concepto económico. El sujeto atacado considera las cosas sólo desde el punto de vista de su naturaleza económica, ó, por lo menos, le atribuye importancia determinante.

Sería errado sostener que sólo es avaro aquel que se priva hasta de lo indispensable. Es necesario juzgar el asunto con arreglo á un amplio criterio. Hay personas que se tratan bien, lo cual no impide que sean Shilochs más ó menos azucarados. Sólo los *ultras* llegan al extremo de vegetar como anacoretas en una analgesia total de sentimientos y apetitos. A renglón seguido deben clasificarse los egoístas que no dan dinero ni nada al prójimo. Por el contrario, siempre cavilan en la mejor manera de usufructuar al vecino.

Este tipo de avaro por egoísmo es muy frecuente. Nunca tiene espontaneidades que impliquen gasto en favor de un tercero ó de

la sociedad; podría representársele, en el más favorable de los casos, por un sujeto que mete la mano en el bolsillo, pero que se guarda de retirarla en tiempo oportuno. Es el que llega siempre tarde para el abono; el que no distrae suma alguna sin inmediata compensación. Es el eterno concurrente á las fiestas gratis ó baratas; el que no acostumbra galanterías que cuesten dinero, si ellas no han de reportarle ventaja cotizabile; el que prefiere hacer lo que en sociedad se llama un feo papel, ante que contribuir á la realización de ideas nobles que importen una erogación; es, en fin, aquel que en todo momento calcula los medios de obtener lo más, dando lo menos posible, el hombre aritmético que hila muy delgado en cuanto pudiera favorecer á alguien además de su propia persona; el que deja podrir la fruta y las flores en su quinta, si no puede negociarlas; el que conoce todas las habilidades para no dejarse engañar por el proveedor; el que todo lo compra en remate ó á vil precio y sabe aprovechar las buenas ocasiones; el que se rebaja hasta la súplica ó el engaño para que cualquier pobre diablo le trabaje gratuitamente ó poco menos; el que sufre una apoplejía cuando le llega la noticia de la muerte de un deudor; el esquilmador con pactos de retroventa y negocios usurarios; el que sostiene que un centavo más otro centavo suman dos centavos, que á interés compuesto producen un tercer centavo; el que siempre está dispuesto á recibir y nunca á dar.

Por cierto que estos detalles son demostrativos de avaricia cuando constituyen la preocupación constante de un individuo, cuya posición pecuniaria podría evitarle las continuas bajezas y frota- mientos inherentes á este sistema acumulativo repugnante. Nada puede decirse en contra del pobre que se ve forzado á proceder de igual suerte, por más que exista siempre un límite, pasado el cual ya no es disculpable semejante actitud.

Existen, pues, dos categorías de avaros. El que llamaré *absoluto* porque se daña á sí mismo con privaciones desproporcionadas á sus recursos ó que aspira á un capital sin necesidades equivalentes, por inferioridad intelectual y moral, y el que puede titularse *egoísta-avaro*, acumulador de grandes sumas, relativo buen vividor, pero que se guarda de favorecer directa ó indirectamente á nadie, con una migaja apreciable de su renta.

No sería lícito exigir tampoco que, por el simple hecho de poseer cuantiosos ó relativos bienes, se halle obligada una persona á repartir obsequios á diestro y siniestro en beneficio de holgazanes y aprovechadores sin delicadeza. Se cometen grandes errores de juicio en tal sentido y á veces hasta los hombres económicos caen bajo el mote de avaros, gracias á este principio acomodaticio.

Hay individuos que encuentran muy racional que un tercero les facilite á título graciable una limosna apenas disimulada bajo el carácter de préstamo y reclaman esta protección con tanta frecuencia que llegan á constituirse un *modus vivendi*, significativo de una inmoralidad y relajación tal vez mayor que la misma avaricia. Estos tipos constituyen la verdadera plaga de los hombres ricos y de aquellos que, sin serlo, viven con una modesta apariencia obligada por sus gustos ó por imprescindibles exigencias sociales.

Hay que descartar, por consiguiente, esta causa de errores más importante de lo que pudiera creerse y bastante extendida entre cierto gremio de intelectuales mendicantes, refractarios, *por excelsitud de naturalex*, al principio económico y moral que obliga á cada uno á ganarse honesta y derechamente la subsistencia, ó á acomodarse dentro de sus medios, sin mayores pretensiones á la hacienda ajena.

Precisamente los avaros exageran este principio racional, que no atenúan por razones de sensibilidad. Esta es una de sus cualidades distintivas á la que debe agregarse la reducción de la inteligencia; es decir, que el avaro carece de las más elevadas facultades humanas. Vive en un mundo inferior, y por eso es que los espíritus delicados lo tachan de vulgaridad y lo miran con sincera repugnancia.

La prodigalidad bien entendida siempre se ha considerado como signo de magnificencia y la generosidad ha sido muestra, en toda época, de nobleza y distinción. Ellas son, en efecto, reveladoras de sentimientos aristocráticos, hasta el punto que á todo el mundo chocan esos *intelectuales* y *distinguidos*, dominados por la avaricia tan frecuente en la sociedad actual. Son flores con perfume de ácido sulfhídrico. Nadie puede excusar

á la naturaleza haber creado tales sujetos en tono de burla para la ciencia y el arte, que viven de armonías. Pero la ciencia estudia, sin embargo, en el capítulo de la patología, á estos aristócratas por el cerebro y plebeyos por el corazón, que combinan la obra intelectual y social con la discusión sobre el precio de los comestibles que se consumen en su casa.

Carlos Baires,

Argentino.

Buenos Aires, Enero 2 de 1900.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

Siendo el Ejército la única fuerza legalmente reconocida para mantener la tranquilidad y paz de una nación, siendo él, la fiel custodia de los intereses nacionales, de la integridad territorial, la confianza del ciudadano que se dedica á la labor diaria para fomentar la industria, el comercio y el progreso en general de esa misma nación, estando llamado por tanto á desempeñar uno de los roles de más significación en el bienestar social, es necesario, de imprescindible importancia, que se contraigan á él todos los esfuerzos posibles para completar su organización, y con ella, su fuerza, para que en esa forma pueda desempeñar cumplidamente su elevada misión, correspondiendo así á los sacrificios destinados á su sostenimiento.

Es así, que llamado por ese deseo que debe animarnos á todos los que ambicionamos sacar á flote nuestra nacionalidad, para que pueda ocupar el verdadero puesto que le corresponde entre las demás naciones, dado su adelanto intelectual y su progreso científico en todo lo que importa un paso más en el sentido de la ciencia moderna, venimos á insinuar ideas benéficas para que haciéndose eco de ellas nuestros compañeros de armas, tomen cuerpo si son aceptadas como buenas, y en esa forma, reuniendo todos nuestros esfuerzos en uno solo, sean llevadas á los cuadros del Ejército, para que puedan surtir los efectos ambicionados, y en caso contrario,

quedará, por lo menos, constancia de nuestros deseos, de nuestros trabajos en pro del adelanto y progreso de ese Ejército, y en esa forma contribuiremos dentro de nuestra esfera, al adelanto general de la patria, porque no hay duda alguna que depende en gran parte de la confianza en la fuerza armada, de esa paz cimentada con la labor administrativa y las energías reconocidas de un ejército, el desarrollo más ó menos importante de la nación que él representa.

Pero para conseguir ese fin deseado por todo militar celoso del uniforme que viste, es necesario primero que desaparezcan por completo las separaciones ó círculos que pudieran haberse formado entre el elemento militar, que nos reunamos todos y acudamos á un mismo fin: el adelanto de nuestro Ejército y la felicidad de nuestra patria; que en abrazo común, y como miembros de una misma familia, la familia militar, participemos juntos sus beneficios y presentaremos en esa forma, al extranjero que frecuenta nuestras playas, un ejército unido, porque es disciplinado, y cuya instrucción y preparación no dejará absolutamente nada que desear.

Alimentando tales ideas, que representan en sí un fin grandioso para todo buen oriental, no debemos titubear al decidimos todos los que seguimos la carrera de las armas como un honor, una satisfacción, una verdadera vocación, en reunirnos para trabajar, que seguramente encontraremos en las altas autoridades de la Nación el apoyo necesario, porque sabrán comprender el fin loable de nuestra decidida empresa y lo noble de nuestros propósitos.

Ya que se nos ofrece un periódico científico-literario, que alimenta ideas de adelanto y de progreso, es necesario que cada uno, dentro de sus humildes fuerzas, responda á ese atento ofrecimiento presentando las ideas que el estudio y la práctica, ayudado de la mejor preparación de cada uno, puedan, una vez hechas prácticas en los cuadros de nuestro Ejército, redundar en beneficio de nuestra noble institución.

Es llegado el momento de que nos preparemos para trabajar nosotros también, pues es ya tiempo de que descansen nuestros veteranos y que esta nueva generación que viene ingresando llena de vida y deseosa de adelantar en sus primeros pasos en la carrera, releve á la guardia vieja, que en su azarosa existencia de soldado,

supo contribuir con su tributo al sostenimiento de nuestro ejército, dejando, sin embargo, para los difíciles casos que pudieran presentarse en la vida activa del cuartel ó campamento, sus sabios consejos, como guías ó faros que puedan iluminar las partes oscuras de la carrera, donde los libros no llegan á identificar verdaderamente lo cierto y práctico de nuestra campaña, y estoy seguro que recibirán nuestras insinuaciones, como fiel reconocimiento á sus servicios y sacrificios por el Ejército.

Es de desearse, pues, que emprendamos una era de progreso que encamine á nuestro valiente ejército á ese fin loable que buscamos, ofreciendo en esa forma, este contingente al engrandecimiento de nuestra querida patria.

Jaime F. Bravo,

Teniente 1.º

Montevideo, Diciembre 28 de 1899.

NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestros lectores disculparán que LA REVISTA haya salido el 10 en vez del 5 como estaba anunciado. A última hora resolvimos definitivamente sacarla los días 10 y 25 de cada mes.

Están prevenidos los impacientes.

Extraordinariamente regio se presenta en público el número 1, de nuestra publicación, con el que comienza el tomo II de LA REVISTA.

El material no puede ser más valioso y selecto. Dejamos á los lectores que hagan los comentarios á su placer, aunque nosotros también los haremos á nuestro modo.

Daniel Muñoz, el primero y más brillante de todos nuestros escritores en prosa, nos ha remitido desde Roma donde, con el aplauso de todo el país, desempeña el alto cargo de Ministro Ple-

nipotenciario, el trabajo magistral que reproducimos, y que constituye una de las descripciones más sentidas y hermosas que se han hecho de Santa Saba. El querido Sansón Carrasco, que tanta gloria le ha dado á las letras nacionales y que posee un estilo verdaderamente inimitable, se ha expresado, por carta que acabamos de recibir, en conceptos verdaderamente honrosos para nuestra modesta persona, declarándose, además, colaborador de LA REVISTA y lector de todo lo bueno que esta aristocrática dama exhibe.

—Juan Zorrilla de San Martín, el genial autor de «Tabaré», el primero, ó uno de los primeros poetas de América, nos ha favorecido con una nueva producción en prosa titulada «Montevideo». Léanla los lectores y pronuncien el fallo sobre su mérito.

—Del trabajo de Santiago Maciel hablaremos más abajo, porque es tan importante que merece juicio aparte.

—Lo mismo decimos respecto á la hermosísima filigrana de Pedro J. Naón, de la que hablamos más adelante.

—Casimiro Prieto Valdez, el escritor primoroso y delicado por excelencia, nos ha obsequiado con una de las producciones más brillantes que han salido de su pluma de oro. Nadie como él podría cultivar ese género de literatura, ingenioso, poético, elevado, transparente, que encierra en su fondo una moraleja profunda. Sus «Manchas de color» seducen por la originalidad sublime que les da vida y por el estilo fresco y sencillo en que el autor cristaliza sus ideas. «Sapos y mariposas», que nos honra altamente por la dedicatoria con que el autor nos manifiesta su alto aprecio intelectual, es una escaramuza de chispas y perfumes.

¡A cuántos nos pasará lo que al sapo, y cuántos no habrá que sean mariposas! La enseñanza que surge del final de la fantasía, revela una vez más el talento del autor y la originalidad que constituye su idiosincrasia literaria.

—José G. del Busto es otro valiente caballero de la literatura nacional, que á nuestras instancias toma el cincel y la lira y vuelve por su gloria pasada, por su vigorosa inspiración que dió vida á su gran himno al descubrimiento de América y á su sentido canto á Polonia, que le mereció los más altos honores, tanto en nuestro país como en Europa.

Pepe Busto, como le llaman cariñosamente los amigos, es un poeta verdadero, porque ha nacido con estro, porque posee una fantasía brillante y porque sabe lapidar como pocos el mármol de Heredia. Lástima grande que, como Joaquín Castellanos, se haya abandonado casi por completo y no cultive el gran arte; de otro modo podría figurar en la vanguardia de los poetas de Sud América. Constituye una gran adquisición para LA REVISTA la hermosa carta y las sentidas rimas del inspirado vate, que publicamos en el presente número, primeramente por lo que valen en sí, y después porque dejan entrever la esperanza de que continúe pulsando el laúd, para honra de él mismo y de LA REVISTA.

—Carlos Baires, uno de los hombres de ciencia más ilustre del vecino país y en la actualidad Presidente del Ateneo de Buenos Aires, nos ha honrado con su valiosísima producción «Psicología del avaro», por la que se puede juzgar del valiente escarpelo de su distinguido autor y del gran panorama moral que abarca con su profunda y sutil observación.

Carlos Baires es un nuevo colaborador de LA REVISTA. Así nos lo ha expresado él mismo en una afectuosa carta que hemos tenido el honor de recibir, y en la que sobresalen los conceptos más elogiosos para nuestra publicación.

—Ambrosio L. Ramasso es otro debutante que verdaderamente vale. «Justicia Humana» es una producción de mérito que encierra mucha belleza y acusa una profunda observación.

—Sólo nos resta presentar á Luis Martínez Marcos, inteligente compatriota que reside en el vecino país, desde hace ya tiempo. La musa de Martínez Marcos es delicada y sentimental. Semejante á la extranjera misteriosa que adoraba en sueños Musset, la cabellera empapada en lágrimas le cae como las hojas de un sauce y, cuando la brisa le da en el rostro, parece que la quiere arrebatar para conducirla al cielo. Luis Martínez Marcos es poeta de sentimiento y de inspiración y LA REVISTA acepta complacida sus finos y honrosos galanteos.

Vienen ahora los conocidos. ¿Qué decir de los hermosísimos y originales pensamientos de Carlos Martínez Vigil, uno de nuestros escritores de más valer, aplaudido en los cenáculos de toda la América? ¿Qué decir de Sumay, uno de los pocos de su genera-

ción que sobresalen en el vecino país, y que parece haber heredado el cetro de los grandes? ¿Qué de la hermosa composición de Vallarino? ¿Qué del bello soneto de Varzi?

Ahora nos corresponde hablar de la sección científica y militar á cargo de los primeros hombres de ciencia del país, y de los militares más aventajados de nuestro Ejército.

Julio Dufrechou, capitán de artillería, es uno de los oficiales más inteligentes de nuestro Ejército, y goza de una reputación envidiable entre sus compañeros. Con un bien meditado artículo que se titula «El soldado del porvenir» inaugura brillantemente la sección militar cuya existencia en nuestra revista se debe á su gentileza y á su decidido empeño en hacer propaganda por el progreso del Ejército.

Síguele el teniente Bravo, que es también un oficial aventajado y de seria preparación en el arte de las armas.

Ambos distinguidos compatriotas son acreedores á nuestra más alta estima intelectual y á nuestro agradecimiento por el concurso que nos han prestado.

—Pedro J. Naón, el inspirado poeta modernista que se distingue por una encantadora originalidad y por un idealismo vago, que flota como una bruma de nieve sobre sus versos, es desde ya nuestro colaborador.

De todos los de su generación es el que sobresale en la otra orilla y, á nuestro juicio, su individualidad literaria, de primera categoría y de una robustez inapreciable, está destinada á marcar rumbos y á dejar huellas profundas en el campo literario del continente.

Leyendo sus brillantes y sentidas poesías se adivina que la musa de este joven poeta es hermana de la que inspira á Federico Balart, en el sentido de que un algo sublime, muy amado y perdido para siempre dibuja sus caricias de ultratumba en los ensueños de ambos artistas.

Naón posee, lo que diría Houssaye, «el arte de hacer arte». La hermosa poesía «Aérea» que tenemos el honor de publicar, es una filigrana de luz y de color en un cielo exótico como el que ven en

sueños los fakires. Todo flota, todo se deja ver á medias. El poeta, como el espíritu de Loda, se halla escondido en la nube de su tristeza.

—Nuevamente Santiago Maciel ha vuelto á pulsar su lira, y con inspiración tan feliz, tan elocuente, tan pura, que es imposible no felicitarlo por este nuevo triunfo de su numen vigoroso y fecundo que respira el oxígeno de la patria y que luce en su corona poética nieve de margaritas primorosas y púrpuras de ceibo real.

Nosotros, que hemos aprendido á hacer versos admirando sus esculturas, lo declaramos nuevamente, sin que esto importe una retribución á sus elogios que no merecemos y de los cuales no nos vanagloriaremos jamás, que de todos nuestros poetas ninguno cincela como Maciel, ninguno es tan puro ni tan correcto en la forma, ninguno presenta una plaza más inexpugnable á la crítica severa, ninguno, por lo sobrio, se acerca más al ideal del arte fino, sin mezclas, sin chafalonía, sin cursilerismo y sin vulgaridad.

«Otoñal», que mucho nos honra por la dedicatoria que lo acompaña, es un poema simbólico, inspirado, lleno de fresca melancolía, como una alborada de Mayo, original en la concepción, nuevo, muy nuevo en las ideas. Sin sentar una absoluta, nuestra modesta opinión le asigna un puesto avanzado entre las joyas de arte que ha producido el amigo poeta.

El gallardo doncel de ojos dormidos, de tez de nardo, personifica la estación de la palidez y de la niebla. Ella, *la diosa de una Arcadia sublime*, no es otra que la Flora silvestre de la patria, que se enamora locamente y por contraste de fisonomía, del enfermo poeta, que lleva la muerte en su corazón y el veneno en su aliento helado y sin perfume.

Ella lo ama, á pesar de que presiente su desventura porque su guirnalda de flores frescas se deshoja; porque su cabellera, como un oro de crepúsculo que muere, flota sobre su espalda; porque su voz se apaga como el eco de un sollozo de Lucía. Llega el instante postrero, el idilio de la muerte que llamaría Musset. Él viene en dirección á ella que ostenta en sus pupilas el llanto de un sauce fúnebre. Ella tiembla de placer. Todo cambia de repente. La aurora polar de la agonía llena de colores su alma. Es la aurora del amor que mata, la aurora del frío. Es el último ensueño que sonrío

cuando clava su puñal de oro. Pero, con todo, ella es feliz, porque está ebria y desconoce el engaño. Impulsada por un instinto fatal, corre hacia él y cae en los brazos del amante que había soñado, en tanto que el viento, frío como el ala de los cuervos de Pöe, abanica la frente pálida y tibia de la gentil princesa y los astros sienten una contracción de fuego en sus corazones ardientes.

El otoño llora nieve sobre los senos marchitos de la muerta, últimos lirios del amor.

Nuestros sinceros plácemes al artístico taller de *El Siglo Ilustrado* que tiene una parte honrosa en la iniciativa que dió por fruto las brillantes reformas con que hoy se estrena el tomo II de LA REVISTA. Nuestros lectores y favorecedores podrán darse cuenta del mérito y del arte que da vida á nuestra publicación, examinándola desde la carátula hasta la última página, pues que en todos lados resalta el gran principio estético de la tipografía moderna que viene á ser para un libro ó para una revista, que se tenga por buena, lo que una regia iluminación para una artística sala.

LA REVISTA sale vestida de gran gala, con tipo nuevo, llegado recientemente de Alemania, y por la elegancia de la forma y por la nitidez del impreso, bien podemos asegurar, excluyendo nuestra modestia, que honra á la tipografía nacional, no habiendo, hasta la fecha, visto la publicidad ninguna otra publicación en su género, tan ricamente ataviada y tan aristocrática en su porte.

¡Un aplauso á nuestros amigos los inteligentes directores de *El Siglo Ilustrado*, señores Gregorio V. Mariño y M. Risso.

Pedimos disculpa á nuestros lectores por el pequeño atraso de dos días que ha sufrido nuestro periódico, atraso que se debe al mucho material que ha entrado en la composición de LA REVISTA y á las muchas reformas que se han llevado á cabo.

En adelante todo quedará regularizado, para no dar lugar á que se le ocurra decir á cualquier chusco: «LA REVISTA de Herrera es un cometa que no tiene órbita fija y aparece cuando se le da la gana »...